

## DOS PINTORES LUMINISTAS: SALA Y SOROLLA

Emilio Sala Francés nace en la laboriosa ciudad de Alcoy en 20 de enero de 1850.

Joaquín Sorolla y Bastida viene a la vida en Valencia el 27 de febrero de 1863.

Cuando Sorolla acude a las aulas de San Carlos —1879— después de haberse iniciado en la valencianísima Escuela de Artesanos, ya el alcoyano ha empezado a cosechar lauros y éxitos. Ha aprendido, en Madrid, del gran coloso que es Velázquez y acaba de obtener una primera medalla nacional con un importante cuadro «de historia»: «Guillem de Vinatea».

Sorolla acude ese mismo año de 1879, cuando cuenta solamente dieciséis años (1), a la Exposición Regional Valenciana, que le vale una recompensa, y coincide con Sala en la Nacional de Bellas Artes de 1881, que se monta y celebra en los salones de la Fuente Castellana, de Madrid.

En este concurso-exhibición Emilio Sala Francés tiene una primera medalla por su genial composición «Novus Ortus», decoración para el palacio de Anglada, y Sorolla Bastida aporta tres «marinas» que apenas sí se toman en consideración.

Si Sala copió y «devoró» a Velázquez, de entre todos los maestros universales de la pintura que están en el Prado, Sorolla siente particular predilección también por el genio de «Las Meninas».

Los dos mediterráneos coincidirán, de nuevo, el año 1883 en Valencia, en la exposición que periódicamente organiza la Sociedad Económica. Sala gana el premio de honor —gran diploma y uso del escudo de armas de la entidad— por su «Valle de lágrimas» (2), obra muy discutida, blanco de todas las críticas del momento; y Sorolla obtiene medalla de oro por su «Monja en oración».

La mayor parte de los pintores de la segunda mitad de la pasada centuria empezaban su carrera artística realizando esos tan cacareados lienzos de «historia», obras con las que se abrían paso y empezaban a ganar las primeras medallas. Sala así lo hizo también. Recordemos sus «Prisión del Príncipe de Viana» (1871), «Guillem de Vinatea» (1878), «Expulsión de los judíos» (1889). Y del mismo modo empezó y obró el pintor del desnudo infantil en las playas valencianas.

En 1884 —año en que Sala parte para Roma— Sorolla es premiado en la Nacional de Bellas Artes por su enorme lienzo «El Dos de Mayo». A poco oposita para el pensionado de Roma, beca que otorga la Diputación Provincial de Valencia y, con

---

(1) Sala se presentó por primera vez a los diecisiete años a un certamen público, el organizado por la Sociedad Económica de Amigos del País en mayo de 1867, donde obtuvo una segunda medalla.

(2) Vid. nota crítica en *El Constitucional*, 3 agosto 1883.

su «Grito del Palleter» —otra pintura histórica, de motivo valenciano— obtiene el premio que le coloca en Italia.

Un año después, 1885, conviven en la ciudad de los césares: Emilio Sala, Pradilla, Madrazo, Moreno Carbonero y Joaquín Sorolla, a más de otros muchos que dejamos de citar.

Sorolla no es aún el lumínico pintor con que la historia le conoce, cuando ya Sala —trece años mayor de edad— ha calado en la luz y el color, formando, dentro de



«La expulsión de los judíos», por Emilio Sala



«Tipo de Extremadura», por Emilio Sala

su generación, una escuela aparte. Sobre esta cuestión dirá el famoso crítico Balsa de la Vega: «estudia la luz y el color de tantas cuantas maneras es dable estudiarlos, buscando siempre aquellos problemas de más intrincada resolución...»; «la originalidad es en Sala una obsesión; no una obsesión adquirida por el empeño de distinguirse, sino porque le seduce el contraste de los colores y los efectos de luz...».

Cuando el conocido crítico madrileño escribe esto, Sorolla aún no ha descubierto esta doble faceta a la que luego dará el nombre y honrará. No lo ha descubierto, pero quizás al eco de los éxitos que alcanza el alcoyano, Sorolla va aprehendiéndola y rumiándola en su interior.

En 1887, y para la Diputación de Valencia, Joaquín Sorolla pinta su «Padre Jofré protegiendo a un loco» —algo de historia, algo de melodrama— que significa

su último brochazo en tal género. Se encuentra ahora ante las puertas del sol y de la mediterránea.

Después de su matrimonio Sorolla es otro. En 1890, y coincidiendo nuevamente con Sala, expone en la de Bellas Artes que organiza y patrocina el Gobierno español, su «Boulevard de París». El pintor ha dado un viraje en redondo. Sorolla empieza a ser Sorolla (3). Sala por entonces, desde su estudio parisino, se recrea haciendo impresionismo.

Sala tiene ganada ya su fama de gran maestro. Los mejores y más entusiastas coleccionistas se discuten sus óleos, dibujos o acuarelas en las que «palpita el sol, se siente y se respira el aire y cada cosa tiene su color y su brillo». A partir de ahora para Joaquín Sorolla todo serán éxitos y aciertos.

Los dos pintores han usado los escalones primeros, los de la pintura afectada y teatral del cuadro histórico, o de la pintura un tanto melodramática, para llegar a una cima distinta. Una vez arriba han arrancado el vuelo. Método empleado: el mismo.

En 1902 París conoce las sorollistas «Playas de Valencia», y cuando ya ha dado al mundo del arte y la belleza sus «Niños a la orilla del mar», Sala escribe —compendio de todas sus experiencias de pintor luminoso y brillante— la «Gramática del color» que adoptarán como texto las cátedras de Madrid, Cádiz, Barcelona y Sevilla (4).

Muere Sala en abril de 1910 y le sobrevive el maestro valenciano hasta 1923. Justamente trece años, los mismos trece que Sala era mayor. Ambos morían —curiosa coincidencia— a la edad de sesenta años.

*Adrián Espi Valdés*



Emilio Sala: Autocaricatura

(3) Más tarde aún aparecían atisbos de pintura «social» y de «género», con sus «Otra Margarita» (1892) y «¡Aún dicen que el pescado es caro!» (1895), respectivamente.

(4) Ambos pintores coincidirían nuevamente ilustrando la extraordinaria edición del «Quijote», editada en 1905 —año centenario de su primera publicación— en Madrid, por R. L. Cabrera.